

Artes Visuales

por Catalina Mena

Chiloé intervenido. Instalaciones de Gonzalo Díaz. Museo de Arte Moderno de Chiloé. Castro. Hasta marzo.

Nuevamente el artista **Gonzalo Díaz** monta su irreverente crítica a los sistemas establecidos de producción, circulación y comercialización del arte. Ahora elige intervenir desde fuera y desde adentro el Museo de Arte Moderno de Chiloé (MAM), un espacio sensiblemente expuesto a sus enunciados, precisamente por estar ajeno a los bloques reaccionarios que operan en los museos santiaguinos.

El artista realiza dos instalaciones en donde una es acceso condicionado a la otra. *Vía crucis*, la primera, consiste en la plantación de catorce roles. Cada uno marca una estación, señalada como hito y parada, y todos dibujan una avenida que define funcionalmente la entrada al museo. Se trata de establecer la diferencia entre el espacio del arte y el de la vida, entre el museo y los pastizales chilotes. Pero este trabajo quiere también producir un quiebre significativo del vínculo entre el artista y su obra, que se potenciará en la medida que la instalación arbórea vaya creciendo, “según sus propias condiciones botánicas”, como señala Díaz. “Mientras más se desarrolle en la pradera, más autónoma del evento artístico y cultural será su apariencia”. Distanciamiento que es metáfora de un desacuerdo radical con el estilo político democrático que se impone en el manejo de la cultura.

Vía crucis es también, como se ha dicho, acceso y conexión al interior del MAM, donde Díaz instala sus *Fábulas amorales de la provincia* “al amparo de las cualidades de su espacio arquitectónico”, según palabras del artista. La obra se organiza en tres niveles horizontales (superior, intermedio y bajo), que recorren los dos muros perpendiculares a la entrada del museo. En el plano intermedio (mundo), el artista instala nueve repisas y en cada una coloca un animalito de plomo iluminado por un foco halógeno. En el nivel superior (cielo), cada figura está regida por un tipo de ángel, principado, serafín o potestad, señalado sobre ella con letras rojas que sólo el brillo distingue de los muros pintados del mismo color. El

estrato inferior está recorrido por nueve versos, correspondientes a las nueve figuras, que reeditan el infierno de la historia que narra la fábula. El autor define la obra como “un ensayo de gabinete”, dedicado a Sara Moller, una niña de siete años. Justo Mellado, crítico de arte, ha leído este trabajo “como una referencia a juegos infantiles ya concluidos y a fábulas decisivas para la formación de un carácter”. En definitiva, gesto de afirma-

experimentales de cuatro artistas más, en sus respectivas disciplinas. *Para cruzar un río*, pinturas de Rodrigo Vega, se exhibe en la sala España del museo. Este artista estuvo hace poco en la galería Gabriela Mistral, dando prueba de una consistente propuesta. *Aliento*, esculturas de Norma Ramírez, se instala en la sala Alemania. En la sala Taller se expone una selección de video-cine del artista Germán Bobe, uno de los pocos chilenos

que ha incursionado seriamente en el género del video arte, con un estilo personal y una búsqueda permanente de nuevos lenguajes visuales. Paralelamente, en el museo se realizan audiciones de música de Carlos Cabezas, talentoso músico y compositor que creó el ahora desaparecido grupo de rock experimental Electrodomésticos.

Línea imaginaria.

Pinturas de Sebastián Correa. Estación del Metro Cal y Canto. Hasta el 28 de febrero.

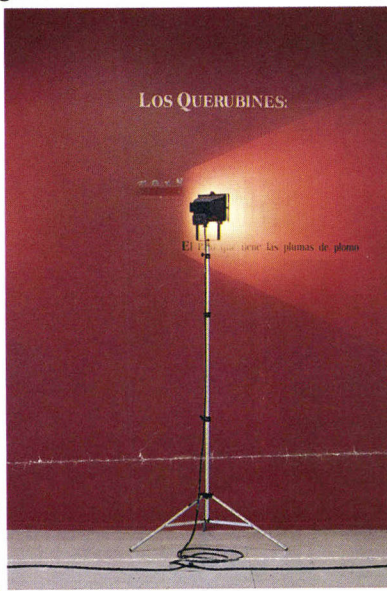
Tres meses estuvo Sebastián Correa, 26 años, egresado del Instituto de Arte Contemporáneo, experimentando en un taller de Metro S.A., con la superposición de serigrafía y acrílico sobre tela. Y lo que ahora muestra es el resultado. El artista realiza una reinterpretación cartográfica de la ciudad a partir del trazado subterráneo del metro como movimiento que recorre, produce y transforma el paisaje urbano.

Los materiales funcionan como metáforas —elementales, por cierto— de la propia operación pictórica: la pintura como costra o huella de un recorrido y la serigrafía como timbre o estación. Correa reedita una versión de Santiago, utilizando fragmentos de códigos heterogéneos que en el formato disciplinador del cuadro no logran ponerse en tensión. Frases en distintos idiomas, imágenes fotográficas, íconos de la imaginaria colectiva y tramas de películas para impresión serigráfica, desbordan los márgenes del cuadro reclamando una vuelta a sus significados originales.

Sebastián Correa viene desarrollando hace tiempo la idea de la pintura como diario de viaje. Se trata de un proyecto mayor articulado en tramos cuya primera parte fue expuesta el año pasado en la Casa de la Cultura Franz Tamayo de La Paz, Bolivia.



Una de las obras que Sebastián Correa está exhibiendo en la estación Cal y Canto.



Detalle de la instalación que Gonzalo Díaz expone al interior del MAM de Chiloé.



Gonzalo Díaz, en una de las catorce estaciones de su *Vía crucis*. La instalación está concebida como una entrada al museo.

ción parental que se erige contra la amenaza del olvido y la amnesia.

Ambas instalaciones no sólo están conectadas funcionalmente, sino también a través de una compleja relación geométrica y numérica. Se trata, en efecto, de un trabajo articulado en series u ordenaciones de elementos. Tanto los árboles como las figuritas están distribuidas según un orden que establece intervalos calculados.

La obra que Gonzalo Díaz está exponiendo se inserta en una muestra multimedia que incluye también trabajos



Nissim Sharim sólo necesitó empolvar su mata de pelo para acercarse a Einstein.

Un prestigioso lugar común asevera que en el alma de cada genio hay un niño. Que los sabios son distraídos. Que a mayor inteligencia, más sencillez y menos pretensión. Que a la larga frente al misterio del universo no es la ciencia la que tiene la última palabra, sino la poesía. Esta última frase es magníficamente confirmada en la puesta en escena de *Einstein* cuando el sabio borra sus fórmulas en el pizarrón y asoma en el pequeño teatro La Comedia, la galaxia entera, otra notable pirueta del escenógrafo Ramón López.

Con estos lugares comunes el dramaturgo Gabriel Emanuel urdió una obra en dos actos para acercarnos al Premio Nobel de Física en 1921. Desde el comienzo se le plantea a los espectadores que van a entender todo, incluida la teoría de la relatividad. Los ejemplos son pocos pero precisos, un par de frutas sobre un mantel que sostienen cuatro espectadores, ilustran como en kindergarten complejos principios. Y algunos bocadillos son tan brillantes como didácticos: “La física tradicional afirma que si toda la materia dejara de existir aún quedarían el tiempo y el espacio. Yo afirmo que si toda la materia desaparece, el tiempo y el espacio también se van a la mierda”.

La historia contemporánea se magnetiza en un personaje como Einstein. Genio, sus ambiciones de conocer llevan su pacifismo a la malversación bélica de la industria atómica. Judío y perseguido, no puede permanecer incontaminado frente al avance de la barbarie nazi. Víctima del oportunismo de sus colegas, experimenta dolor, la muerte de su mujer, la locura de su hijo y la soledad —la de él y la de su familia.

En la obra de Gabriel Emanuel, de quien el programa no dice ni pío, se propone un Einstein de cuento de hadas, con la magia de una leyenda, a pesar de los temas tan reales. El personaje lo encarna Nissim Sharim, quien sólo necesitó dispersar su mata de pelo y empolvarla para acercarse al original. La mezcla de ingenio y ternura la entrega en dosis exactas y su relación con el público, aun en las partes del segundo acto que tienden a la prédica, es encantadora. Dirige un buen actor: Edgardo Bruna. ¿La fórmula actor más actor? Miel sobre hojuelas.